



LOS LIBROS

HACIA LA LUZ, por *Blanca Luz Brum*

En estos días me ha tocado leer un documento humano. ¿Qué es un documento humano? se preguntará más de alguno. ¿Qué quiere decir este señor con eso de documento humano? ¿Acaso todos los libros no constituyen documentos humanos? El de la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum, que relata su martirio en México, durante la prisión del pintor revolucionario Siqueiros, es un fiero y conmovedor documento pasional. Grito ardiente de una mujer, escrito con la menor dosis posible de literatura. Este documento fué compuesto con las ropas desgredadas, con la miseria del vivir sórdido, en la soledad de un cuarto redondo, en un barrio de obreros, sintiendo el ronquido de la pobreza y el ulular de la bestia humana que rondaba cerca de la mujer solitaria. Junto de la mujer hipaba el bebé cuya boca se abría como la de los pajarillos abandonados. Hambre y soledad. Hambre y desesperación. Ciertas escritoras se ponen rouge para narrarnos sus penurias románticas. Penurias casi siempre artificiales, con exceso de literatura, con exceso de coquetería. Ni nos conmueven ni nos convencen. Repiten cosas ya viejas, ajadas por el uso de tanto y tanto ingenio femenino.

Este espíritu erguido de Blanca Luz Brum, no es tan grande por su resistencia al dolor físico—cosa soportable al fin, y las mujeres lo saben bien—como por la defensa de su propio amor y de su propia condición de mujer. Está sola frente a la

vida luchando por la libertad del hombre que ama. Ni un solo momento vacila en esta tarea heroica para sus fuerzas. Los instantes de duda o de incertidumbre se desvanecen con el solo recuento de unas horas embriagantes que la comunican nuevo vigor. La cárcel es sórdida. Y los guardias a quienes ella va a humillarse para que la dejen ver a su hombre, no conciben en ella el ardor de una pasión tan resistente. Todo se confabula para aplastarla, para deprimirla; la calle hostil, el camión en el cual rueda amontonada entre los deshechos que van hacia el barrio de la penitenciaría, el lamento del niño que clama por un mendrugo de pan; la horrible soledad del revolucionario, al que apenas puede llevarle algunos embelecocos. Pero el drama es el de la conciencia de la mujer en lucha contra la organización social que la ha dejado tirada como traste en el medio de la calle.

Surgen, de pronto, en el camino del relato epistolar, unas notas graves y sombrías. Es el cansancio de luchar, el cansancio de sufrir la inminencia de la derrota. Pero luego un grito agudo irrumpe por entre la desolación que comienza a invadirla. Es otra vez el amor que recobra su imperio, que la empuja con fuerza a seguir luchando. La doble humanidad del hombre preso, y la mujer que se esfuerza afuera por hacerle limpia y bella la existencia y, al mismo tiempo, la batalla para conservar su fidelidad, confieren a este libro pequeño, pero fuerte, a este libro de escasas páginas—hay infinitos libros voluminosos que no dicen nada, que no sugieren nada, vacíos, muertos, inútiles—un rango de pasión humana de extraordinaria intensidad.

Por eso decía que es un documento humano. Se ve la prisión sin que la describa. Se siente el horror de la lucha externa, con notas apenas insinuadas. Al lado del valor estético se palpa el valor emocional, o bien, la dislocación repentina de la pasión disociada por el sufrimiento. Luego, los celos del hombre y los celos de ella. Todo el hervor, en fin, de la humanidad, reducida a dos personajes, de los cuales uno solo es el que habla, uno solo el que anota los acontecimientos, como si se dijera, escalona-

dos del corazón, uno solo el que desmenuza y evoca y lucha y se martiriza en la soledad, contra la furia ciega de la vida. Ella está de pie luchando llena de admiración por el hombre que ama. Su lucha no sólo se endereza contra los obstáculos exteriores, sino contra los residuos de su niñez, que se despercezan para hacerla abandonar la partida y volver la espalda al hombre.

«Querido mío—escribe—ten fe en mi inteligencia, ten fe en mis fuerzas; yo ayudaré muy de veras a la rápida salida, a la libertad tan ansiada; pero es necesario que cuentes antes con tus fuerzas morales, con toda la animosidad y la dignidad viril que has tenido desde el primer momento y que han tenido todos los compañeros. Mi fe en el bien no puede perderse. El bien existe, lo dicen constantemente actos y voces misteriosos que vienen de todos lados. Y si el bien no existe, peor para Dios que no hay entonces nada en qué creer». «Mi querido prisionero, le dice en otra carta, busco ademanes, cosas y palabras... todo lo que poseo para que entren hasta tu enorme vacío, pero todo lo que vive rehuye, instintivamente, el ambiente de soledad trágica en que vives. Las flores que te llevo se mueren antes de llegar a tu celda. La blusa roja con la que quise animarte un día no parece roja, ni negra ni nada. Es un color triste y patético que se ha perdido de la rueda de los colores divinos del mundo para quedarse sin suspirar en una casa de muertos. Tus manos han olvidado el movimiento maravilloso de la libertad y se caen siempre juntas en la misma actitud de pájaros doloridos, abrigándose entre tus piernas. Tu voz es la más esclava de todas, no es viril ni agresiva, ni clamorosa ni triste; es esa voz censurada, baja y dramática de todos los encarcelados».

Así avanza este documento humano, entre el fervor y la contradicción, entre el amor y los celos, fundiendo todo lo trágico que tiene la existencia de un penado con lo luminoso de la existencia de una mujer que ama con una pasión incontenible. Es todo en este libro, el mundo interno que no vemos, el mundo que está detrás del frío y ralo objetivismo. Por eso se siente la-

tir un corazón entre sus escasas páginas y una doctrina revolotea por encima del drama de dos abandonados.—D. MELFI.

PACÍFICO-ATLÁNTICO, *por Domingo Melfi*

Viajar, tender las pupilas hacia otros horizontes, que ofrecen panoramas distintos, a esta realidad cotidiana, que de verla tanto se nos hace monótona y sin relieve, es un acontecimiento de importancia, para aquel que lleva el espíritu alerta al espectáculo que va hiriendo su sensibilidad. Y si el hombre que puede disfrutar de este placer tiene un espíritu acendrado y ávido, para descubrir lo interesante y valorar lo bello, extrayendo de esos panoramas la parte más significativa y esencial, todas esas sensaciones se entrarán en él, como una siembra de visiones, ricas en enseñanzas y en latidos humanos, que al florecer en su mente, tendrán un doble mérito: remozarlo interiormente, y al fructificar en una concreción artística, poder participarla a los demás.

Y este es el caso de Domingo Melfi. Se fué por primera vez de su vida a visitar los países, que en el sur de nuestro continente quedan por el lado del Atlántico. No llevaba, seguramente, más preocupación intelectual, que su ilusión de hombre que sueña con un rincón de la tierra antes de conocerlo, ni más intención que la de desempeñar una misión periodística. Mas, he aquí que su inquietud de artista, siente con vigor un estallido de sensaciones, que su espíritu no se resigna a guardar para sí y que se concretan en el bello libro, al cual nos referimos en este comentario que carece de intención crítica y es sólo la impresión del lector, que con creciente interés y verdadero agrado ha ido recorriendo sus páginas, ricas en sugerencias, en contenido emocional, y en observaciones penetrantes y significativas que tienen un sello muy personalísimo y original.